

Tras la huella escrita de la gente común

ANTONIO CASTILLO GÓMEZ

Universidad de Alcalá

La agenda de mi padre

Que yo sepa los únicos papeles autógrafos que se conservan de mi padre se reducen a unos cuantos cuadernos escolares de aritmética y a una pequeña agenda del año 1973. Poca cosa, prácticamente nada si los comparamos, por ejemplo, con las escrituras del teniente Agustín Morales. Éste, aparte de la correspondencia con la familia del soldado José Montalvo durante los años 1937 a 1943, de la que se ocupa en este volumen Juan Luis Calbarro, también dejó escritos de su puño y letra, entre otros, un cuaderno de tapas de hule negro titulado *Poesías*; otro de apuntes denominado *Guerra contra el marxismo 1936-1939. Breves notas de mi actuación en la misma*; y un tercero llamado *Notas interesantes*, en realidad una suerte de “libro de familia”, en el que dio cuenta de parentescos, natalicios, bodas y defunciones a lo largo de varias generaciones de la suya. En conjunto, un jugoso ramillete en el que no faltan páginas de auténtica escritura autobiográfica.

La agenda de mi padre es mucho más pobre en datos. En realidad la empleó para llevar al día el control de las dietas que le adeudaba la empresa para la que trabajaba, las Bodegas “Miguel Sánchez Maroto” de Moral de Calatrava, en la provincia de

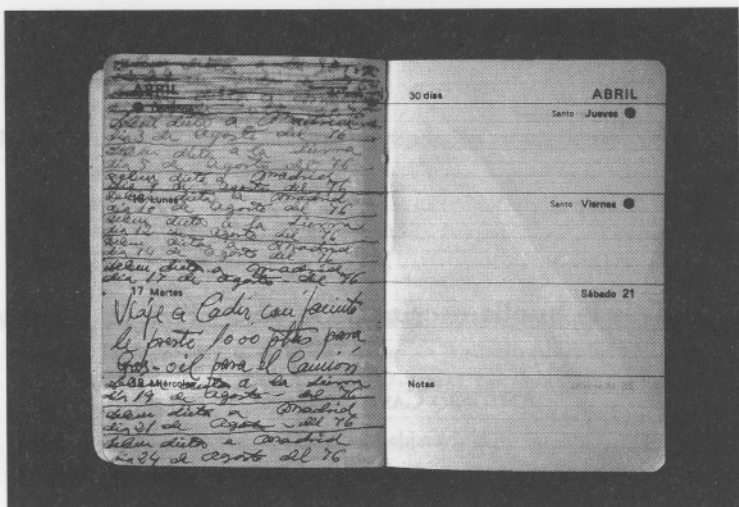


Fig. 1. Agenda de dietas de Antonio Castillo Ruiz (1973-1976)

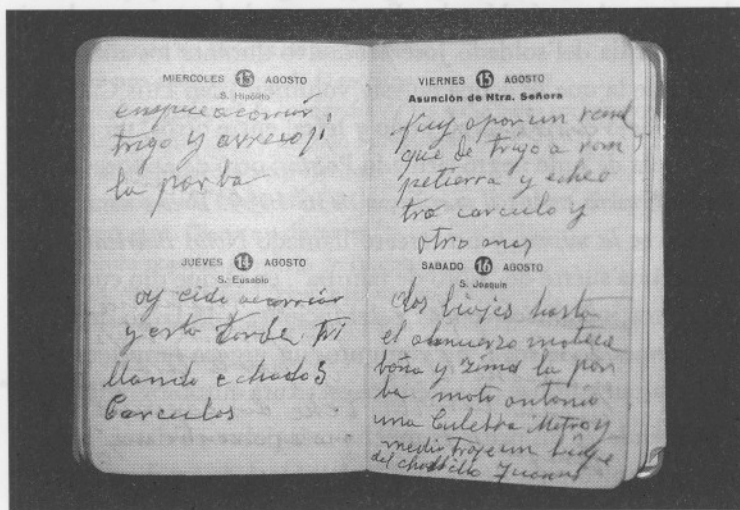


Fig. 2. Agenda de José Aparicio Sangregorio (1969)

Ciudad Real. Las apuntaba escrupulosamente y las iba tachando a medida que las cobraba. La libreta se inicia con la dieta de un viaje a Madrid el 7 de abril de 1973 y se cierra con la última anotación posible, la de otro desplazamiento a la misma ciudad el 24 de agosto de 1976, tres días antes de morir. Todas están tachadas excepto las que corresponden al que fue el postrero mes de su vida, entre éstas una ligeramente distinta a las demás: "Viaje a Cádiz con Jacinto / le presté 1000 ptas para / Gas-oil para el Camión" (fig. 1).¹ Al leerla ahora, cualquiera puede pensar que mi padre era un poco pesetero y que estaba obsesionado con el dinero. Es posible que hubiera algo de ello; pero su libreta es también el reflejo de las dificultades de un peón de bodega cuyos ingresos mensuales dependían del número de repartos semanales de vino, ya fuera a Cádiz, a Sevilla o a Benidorm, pero sobre todo a Madrid y a su sierra.

En otras agendas similares, algunas contemporáneas y hasta idénticas a la de mi padre, incluso del mismo Banco, el Central, el campesino José Aparicio Sangregorio, de Malaguilla, en la provincia de Guadalajara, se ocupó de registrar cada una de sus tareas agrícolas, la fatal dependencia del clima y otros detalles de índole más personal y cotidiana (fig. 2).² Como prueba dejaré aquí algunos botones tomados de la primera de ellas, la de 1969:

¹ En las transcripciones he respetado los usos de la persona que escribe. La barra inclinada (/) indica la separación de líneas, mientras que entre corchetes ([]) y en cursiva he desarrollado ciertas palabras abreviadas para facilitar la comprensión.

² Quede aquí constancia de mi agradecimiento a Isabel Plaza Aparicio que ha puesto en mis manos las agendas de su abuelo José.

- JUEVES 2 ENERO: Mate el cochino peso / 160 K Estaba el K / a 47 pts
- SABADO 8 FEBRERO: Mate una Liebre / y con esta ban 24
- DOMINGO 9 FEBRERO: Vinieron mis tios / ha decir una / Función a la Virgen
- SABADO 22 MARZO: Yzo un dia muy / malo trono y ca / yo una graniza / da muy grande
- DOMINGO 13 ABRIL: Esquile la / Burra de Prieto / y pode la guer / ta
- DOMINGO 11 MAYO: Esquile el mocho / de Emilio Vinieron / Vicente y puso / latele Aurelio
- JUEVES 12 JUNIO: ubo toros
- DOMINGO 6 DE JULIO: termine de cojer / las algarrobas en la / Sabina y por la / tarde are el melo / nar
- LUNES 4 DE AGOSTO: Medio el colico / al riñon alos / 5 dias parecia que / me en contraba bien / y mefuy acarriar y / por la noche me dio
- SABADO 6 SEPTIEMBRE: Metiendo paja
- MARTES 14 OCTUBRE: Sellebo Octabiano / 453 K de algarrobas / empeze a sem / brar Vera
- SABADO 8 NOVIEMBRE: arando en los / perdigones
- MIERCOLES 24 DICIEM.: K Zebada / 57.

Puestas en el eje de esa larga duración de la que tanto hablamos los historiadores, estas agendas tienen su genealogía. En no pocos aspectos, las motivaciones de su escritura son comparables a las de ciertos ejemplares bajomedievales y modernos de libros de cuentas y diarios. Sin ir más lejos, el paralelismo resulta parcialmente obvio tanto con el “diario” del mercader valenciano Pere Soriol de 1371 como con el que llevó el payés Joan Guàrdia durante los años 1631 a 1672. Respecto a éste basta con señalar que, al comenzar a escribirlo, su autor lo considera como un “llibre de paper blanch per ascriur comtas y mos negosis”, sin duda porque inicialmente ese iba a ser su principal destino según se desprende de los asientos contables que colman las primeras planas. Luego el “libro” derivó hacia una experiencia de escritura

mucho más abierta, llena de anotaciones referidas a él, a su familia y a los acontecimientos más llamativos del tiempo en que vivió.³ Así hasta completar un texto que se inserta con pleno derecho en la dilatada familia de los diarios y libros de memoria catalanes y valencianos de la Época Moderna, donde los escuetos apuntes de un débito o de una cantidad aún pendiente de cobro dieron paso a elaboraciones más conscientes y narradas de las experiencias vividas o conocidas por el sujeto escribiente. Podrían mencionarse varios ejemplos, pero me limitaré a reseñar aquí la riqueza que, en ese sentido, ofrecen las memorias del curtidor Miquel Parets (1610-1661), *De molts successos que han succeït dins Barcelona y en molts altres llocs de Catalunya, dignes de memòria*, bien para profundizar en la realidad del mundo artesanal en aquella época, o bien para acercarnos, por medio de una persona común, a no pocos entresijos de la vida cotidiana y pública, incluidas sus impresiones sobre la peste de 1651.⁴

Añadiré ahora algunos testimonios del periodo contemporáneo. En los tres que voy a reseñar se trata de cartas, es decir, de una de las manifestaciones más representativas de la extensión social de las prácticas de escritura en los siglos XIX y XX. La comunicación epistolar, los diarios y las varias modalidades de cuadernos de memorias son, en efecto, las prácticas que mejor expresan la mayor necesidad de escribir de dicho periodo, casi siempre vinculada con fenómenos tan decisivos en la vida de las personas como la emigración, el exilio, el servicio militar, la guerra o la prisión.

³ Puede verse la edición de Antoni Pladevall i Font y Antoni Simon i Tarrés, *Guerra i vida pagesa a la Catalunya del segle XVII. Segons el "Diari" de Joan Guàrdia, pagès de l'Esquirol, i altres testimonis d'Osona*, Barcelona, Curial Edicions Catalanes, 1986.

⁴ Biblioteca Universitaria de Barcelona, Mss. 224-225. Existe igualmente una versión castellana en la Biblioteca de la Real Academia Española, Ms. 63, publicada con el título *De los muchos sucesos dignos de memoria que han ocurrido en Barcelona y otros lugares de Cataluña*, ed. C. Pujol i Camps, *Memorial Histórico Español*, 20-25, 1888-1893.

La primera circunstancia es justamente el hilo que une el conjunto de 92 cartas-reclamo de emigrantes españoles a Cuba en los primeros años del siglo XIX (1808-1829), procedentes del Archivo General de Indias, que ha editado y comentado María Dolores Pérez Murillo a fin de destacar su utilidad como fuentes para el estudio de las mentalidades.⁵ Un corpus de fecha más reciente es el que constituyen 65 cartas de los habitantes del pueblo soriano de Benamira, datadas entre el 16 de marzo y el 1 de mayo de 1942, que no fueron enviadas a sus destinatarios. Éstas permanecieron largo tiempo olvidadas -perdidas, cerradas y sin matasellar- hasta que a comienzos de los años ochenta las encontró Alberto Manrique Romero: "Por casualidad, siempre el bendito o maldito azar, mi trabajo me llevó hasta una pequeña aldea hace ya más de diez años y allí, en su improvisado consultorio médico, rescaté de un viejo saco de arpillera un fajo de cartas que junto a otros papeles arrugados esperaban el fuego de una estufa".⁶ El estudio de las mismas suministra datos apreciables para indagar en la vida cotidiana de una comunidad rural durante la posguerra, pero también ha granjeado distintas apreciaciones sobre la forma escrita: "Los emisores de estas cartas -dice Reyes Juberías Hernández en su "Comentario filológico"-, vemos que en general se desenvuelven en un medio extraño, en el que la mezcla de elementos del 'rito epistolar' con los testimonios y expresiones coloquiales de sus vidas cotidianas y sus, en general, escasos conocimientos de ortografía, dan lugar a un curioso, y a veces, extravagante contraste" (p. 135). Por último, otra muestra de correspondencia contemporánea de gente común la integran las 31 cartas de una familia leridana de jornaleros emigrantes en Francia, cuyo hijo varón combatió a favor de la

⁵ *Cartas de emigrantes escritas desde Cuba. Estudio de las mentalidades y valores en el siglo XIX*, Cádiz, Universidad de Cádiz; Sevilla, Aconcagua Libros, 1999.

⁶ Alberto Manrique Romero, "Introducción", en Carmelo García Encabo, Reyes Juberías Hernández y Alberto Manrique Romero, *Cartas muertas. La vida rural en la posguerra*, Valladolid, Ámbito Ediciones, 1996, p. 9.

República. Las misivas fueron intervenidas en 1938 por los servicios de orden público del Franquismo como parte de la investigación abierta contra dicha familia al considerarla peligrosa por sus tendencias anarquistas.⁷

A propósito de este último epistolario, Joan Sagués San José ha planteado algunas reflexiones que tienen mucho que ver con la materia que explora este libro. Situándose en el contexto de la Guerra Civil española, argumenta que “no es extraño encontrar documentación de este tipo en fondos organizados con finalidades represivas, porque las cartas constituían un buen lugar donde buscar pruebas incriminatorias” (p. 229). A saber, la misma razón que nos puede llevar a desempolvar otros depósitos documentales de origen judicial o policial para buscar en ellos correspondencias y otros escritos incautados en el curso de las averiguaciones procesales, donde seguro que nos podemos topar con testimonios escritos de la gente común. La evidencia más fehaciente la tenemos, volviendo de nuevo al pasado, en bastantes de las 382 cartas privadas de emigrantes a Indias en los siglos XVI al XVIII retenidas por el tribunal de la Inquisición en México, relacionadas en su mayoría con personas acusadas de bigamia, publicadas por Rocío Sánchez Rubio e Isabel Testón Núñez.⁸

Estas muestras y otras que dejo en el zurrón ponen al descubierto que los escritos de las clases subalternas también tienen su lugar en la memoria. Existen (o pueden existir) especialmente desde los últimos siglos de la Edad Media, puesto que entonces se dieron dos condiciones básicas para ello: la difusión de la escritura en vulgar y la conquista de esta capacidad de expresión por

⁷ Joan Sagués San José, “Por la presente bien. Fe, desesperanza y guerra en la correspondencia familiar”, en *El siglo XX: balance y perspectivas. V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Valencia, Fundación Cañada Blanch, 2000, pp. 229-236.

⁸ *El hilo que une. Las relaciones epistolares en el Viejo y el Nuevo Mundo (Siglos XVI-XVIII)*, Cáceres, Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones; Mérida, Junta de Extremadura, Editora Regional, 1999.

los nuevos grupos urbanos, en principio mercaderes y artesanos. Vistas al unísono atestiguan los itinerarios seguidos por la escritura como una práctica social y, más allá de esto, sacan a la luz la versatilidad de las informaciones y conocimientos que se pueden extraer de su interpretación y estudio. Se trata de fuentes que el historiador no puede expulsar de su taller salvo que quiera ser cómplice de determinados silencios y olvidos; lo mismo que tampoco deberían hacerlo cuantos estudiosos se interesan por algún aspecto del devenir humano, ya sea el lenguaje, la escritura, la educación, las mentalidades o las costumbres.

Ahora, en consecuencia, toca que nos interroguemos por lo que se ha hecho en este campo y por la tarea que está pendiente.

Luces y sombras

Por lo que yo pueda saber, el panorama que presentan los estudios sobre las prácticas cotidianas y populares de la escritura en España no es parangonable al de otras latitudes (Italia, Francia, Alemania o Inglaterra), donde, como en el caso italiano, se han cumplido más de quince años buscando, conservando y estudiando esas escrituras “sin cualidad” o “escrituras del confín”. De las recientes iniciativas españolas de salvaguardia me ocuparé más adelante, en tanto que ahora quiero hacerlo de los surcos que han abierto las investigaciones relativas a este campo.

Respecto a la tradición que mejor conozco, la italiana, la diferencia fundamental reside en la mayor coherencia y continuidad de ésta. Entre nosotros, todo ha sido más esporádico, sin llegar a definir una trayectoria equivalente a la promovida allí por la Federación de los Archivos de la Escritura Popular.⁹ Además,

⁹ Un repaso completo a esta aventura puede verse en Quinto Antonelli, *Scritture di confine. Guida all'Archivio della scrittura popolare*, Trento, Museo Storico in Trento, 1999. Personalmente me he ocupado de ella en mi artículo “Vidas escritas. Notas sobre autobiografía y memoria popular en Italia”, *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, 5, 2000-2001, en prensa.

tampoco debe obviarse que en muchos casos el rescate de los testimonios escritos de “los de abajo” se ha producido como consecuencia de la búsqueda de nuevos filones y nuevos temas de investigación; pero sin que ello haya repercutido en una específica indagación sobre el hecho de la escritura, las prácticas, los lugares, los gestos y las modalidades de la misma.

En definitiva, parece evidente la dificultad que entraña cualquier intento de levantar un mapa de los trabajos sobre la escritura popular y ordinaria en España, máxime cuando, como acabo de decir, la mayoría de ellos no responden propiamente a un territorio definido como tal. Por todo ello, en esta ocasión me contentaré con bosquejar unas cuantas reflexiones y comentarios al hilo del tema, haciendo hincapié en las trayectorias más nítidas.

A tenor de los estudios disponibles puede sostenerse que la producción española gira en torno a dos polos: a) la labor desplegada por ciertos historiadores comprometidos con la historia social y cultural, sobre todo de la Época Moderna, aunque tampoco falten algunos dedicados al período contemporáneo; y b) el trabajo de unos cuantos paleógrafos que, siguiendo los senderos abiertos por determinados colegas italianos, han entrado de lleno en el estudio de las manifestaciones cotidianas del escribir. Fuera de éstos pueden rastrearse páginas sueltas en el marco de estudios más extensos sobre la escritura autobiográfica, si bien la mayor parte de éstos atienden preferentemente a la producción de los escritores de oficio y de las personas de cierta notoriedad pública.

Al margen de los trabajos puntuales que he venido citando, en lo que toca a los historiadores *stricto sensu* es justo reconocer a James S. Amelang, profesor americano afincado en España, el mérito de haber sido uno de los que más atención ha prestado al estudio de los testimonios escritos de origen popular, en su caso durante la Época Moderna. Sus investigaciones sobre la Cataluña de entonces le pusieron en la pista de una serie de diarios y memorias que, aparte de incorporarlos como fuentes históricas

de primera mano en sus indagaciones sobre la sociedad, la cultura y las mentalidades de aquel periodo, le han valido amplios y sustanciosos folios sobre las distintas formas que adoptó la autobiografía popular, su extensión en aquellos siglos, la figura del “escritor popular”, la autobiografía espiritual femenina y, con más detalle, las memorias de los artesanos, a cuya realidad europea ha dedicado una amplia y excepcional monografía, *The flight of Icarus. Artisan Autobiography in Early Modern Europe* (1998), en la que, naturalmente, no escasean las referencias españolas, con un puesto de honor para Miquel Parets.¹⁰ Estos ejemplares catalanes han sido valorados también en el curso de otras reflexiones sobre la extensión de la escritura privada en los siglos XVI, XVII y XVIII,¹¹ a la vez que han dado lugar a varias ediciones de textos.¹²

Respecto al campo paleográfico cabe reseñar el trabajos de aquéllos que, desde los años ochenta, han insistido más en la

¹⁰ “L’artesà com a Ícar. La visió del món d’un assaonador del s. XVII”, *L’Avenç*, 87, noviembre 1985, pp. 20-25; *Dietari d’un any de pesta: Barcelona, 1651*, edición de James S. Amelang y X. Torres, Vic, 1989; “Los usos de la autobiografía: Monjas y beatas en la Cataluña Moderna”, en James S. Amelang y Mary Nash (eds.), *Historia y género. Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1990, pp. 191-212; “Actitudes populares hacia la familia en la Europa Moderna: la evidencia autobiográfica”, en F. Chacón Jiménez, J. Hernández Franco y A. Peñafiel Ramón (eds.), *Familia, grupos sociales y mujer en España (s. XV-XIX)*, Murcia, Universidad, 1991, pp. 137-147; *A Journal of the Plague Year: The Diary of the Barcelona Tanner Miquel Parets, 1651*, traducción y ed. de J.S. Amelang, Nueva York, 1991; “La autobiografía en la España Moderna”, *Historia* 16, 209, septiembre 1993, pp. 96-105; “L’autobiografía popular”, *L’Avenç*, 188, enero 1995, pp. 10-15; *The Flight of Icarus. Artisan Autobiography in Early Modern Europe*, Stanford, Stanford University Press, 1998; “Formas de escritura popular: las autobiografías de artesanos”, en Antonio Castillo Gómez (comp.), *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 129-142; y “Clases populares y escritura en la Europa Moderna”, en Antonio Castillo Gómez (ed.), *La conjura del silencio. Escritura y clases populares*, Oiartzun, Sendoa, 2001, en prensa.

¹¹ Antonio Simón Tarrés, “Memorias y diarios personales de la Cataluña Moderna”, *Historia Social*, 2, otoño 1988, pp. 119-134; Manuel Peña Díaz y Antoni Simón Tarres, “La escritura privada en la Catalunya Moderna”, en Carlos

condición social de la escritura, trasladando al caso español las perspectivas desveladas por los estudios italianos sobre alfabetismo y cultura escrita. Consecuencia de ello ha sido la búsqueda de otras escrituras que no fueran las públicas y administrativas, prestando particular atención a las prácticas privadas y, entre ellas, a las emanadas de los llamados “escribientes libres” o “escribientes semicultos”, es decir, las figuras donde mejor se representan los miembros de las clases subalternas que se apropiaron del instrumento escritura. Dichas indagaciones se han fijado especialmente en los efectos de la conquista social de la competencia gráfica, han analizado las tipologías resultantes y, en especial, han sacado fuera una significativa producción de libros de cuentas, diarios y libros de memoria bajomedievales y modernos.¹³ Por no hablar de otros estudios más generales sobre la extensión del alfabetismo y la cultura gráfica donde también pueden hallarse referencias al contacto de las clases subalternas con la escritura.

Nótese que, conforme a las conclusiones expresadas en dichos trabajos, el fenómeno se presenta más claro y mejor conocido en Cataluña y Valencia. Es posible que esto tenga mucho que ver con la mayor incidencia de la cultura mercantil en el área medi-

Barros (ed.), *Historia a debate*, II, *Retorno del sujeto*, Santiago de Compostela, Historia a Debate, 1995, pp. 273-282.

¹² Antoni Pladevall i Font y Antoni Simon i Tarrés, *Guerra i vida pagesa...*, *ob. cit.*; A. Simon i Tarrés (ed.), *Pagesos, capellans i industrials de la Marina de la Selva*, Barcelona, Curial Edicions Catalanes, 1993.

¹³ Francisco M. Gimeno Blay y M^a Teresa Palasí Fas, “Del negocio y del amor: el diario del mercader Pere Soriol (1371)”, *Saitabi*, XXXVI, 1986, pp. 37-55; M^a Luz Mandingorra Llavata, “Aproximación a la cultura gráfica de los boticarios a finales de la Edad Media”, *Saitabi*, XXXVI, 1986, pp. 37-55; Id., “Usos privados de la escritura en la Baja Edad Media”, en Carlos Sáez y Joaquín Gómez-Pantoja (eds.), *Las diferentes historias de letrados y analfabetos*, Alcalá de Henares, Universidad, 1994, pp. 57-87; e Id., “La configuración de la identidad privada: los diarios y libros de memorias medievales y modernos”, en A. Castillo Gómez (ed.), *La conjura del silencio...*, *ob. cit.*

terránea; pero tampoco hay que obviar el desconocimiento que aún tenemos de la extensión de las prácticas populares de la escritura durante la Época Moderna fuera de allí, con la excepción, si acaso, de algunas incursiones puntuales en el marco de otras investigaciones más amplias sobre la escritura autobiográfica y la parte que en ésta correspondió a las monjas y beatas.

Algo diferente es el panorama que concierne a la Edad Contemporánea, de hecho todavía inexplorada en este campo de las “escrituras populares”. No quiero decir que no haya ediciones concretas de diarios y memorias de gente común; pero sí que en la historiografía relativa a la España de los siglos XIX y XX no existe aún una tradición definida que tenga su eje en el estudio de las consecuencias efectivas del aumento de la capacidad social de escribir, es decir, en el hecho de la escritura y en las distintas modalidades textuales generadas tras la conquista de la competencia gráfica por “los de abajo”.

Una situación que seguramente tiene mucho que ver con un par de factores de índole historiográfica: 1) la escasa o nula atención que el tema ha suscitado entre los historiadores de la Época Contemporánea, sumado al olvido perpetrado por buena parte de los estudios literarios, lingüísticos o antropológicos, en cada caso por razones distintas; y 2) la errónea definición de la disciplina paleográfica, que, al ser etiquetada de manera exclusiva y excluyente como el análisis de las escrituras manuscritas anteriores a la aparición de la imprenta, ha dejado fuera de su campo de mira un vasto universo de testimonios y prácticas, entre ellos todos los usos cotidianos y populares de los períodos moderno, salvo el siglo XVI, y contemporáneo.

Las lagunas que tenemos sobre el conocimiento de la extensión social de las prácticas del escribir en los dos últimos siglos son meridianas, a pesar de ser la época en la que se han alcanzado las mejores condiciones para el aumento de las mismas: el crecimiento de la alfabetización hasta niveles insospechados antes del siglo XX y los desarraigos personales provocados por los dis-

tintos episodios de movilización masiva (guerras y emigraciones). Pues sabido es que, ante situaciones así, la escritura se erige en el hilo que mitiga el dolor de la distancia y, en los casos más dramáticos, en el fármaco contra el olvido. Lo testimonian, por ejemplo, las memorias de cárcel de Manuel Amblard, oficial del ejército republicano encarcelado en la prisión de Alcalá de Henares. Escritas entre el 15 de diciembre de 1944 y el 17 de enero de 1945, cuando las interrumpe, según anota al pie, porque “la vigilancia sobre nosotros fue mayor, y era peligroso seguir teniéndolo [el cuaderno] en la celda” (p. 99), las mismas responden a la necesidad de conservar y perpetuar sus vivencias: “No quisiera irme sin referir algunas experiencias personales que me acosan” (p. 16).¹⁴

El cuaderno de prisión de Manuel Amblard, fuera de otros relatos suyos más construidos, escritos con posterioridad al momento narrado, muestra -al igual que el de Justo García, afiliado a la UGT, conservado en la Fundación Pablo Iglesias, que ha servido al escritor Andrés Trapiello para elaborar una novela sobre aquellos *Días y noches* (Madrid, Espasa Calpe, 2000); los epistolarios estudiados en este volumen por Eduardo Ruiz Bautista y Juan Luis Calbarro; o los comentarios antes apuntados de Joan Sagués- la compenetración habida entre la escritura y ciertas vivencias que dieron lugar a un elevado número de testimonios personales insuficientemente valorados, unos producidos paralelamente a los acontecimientos vividos y otros en fecha posterior, cuando las circunstancias lo permitieron; pues no se olvide que a menudo, como ha señalado Shirley Mangini tratando de las mujeres durante la Guerra Civil, la tiranía del silencio establecida por la dictadura impidió dichos ejercicios de memoria:

Entre las obras de las mujeres que serán el tema de esta sección del libro, encontramos muchas “voces urgentes de testimonio colectivo”. Éste es el caso especialmente de los textos carcelarios

¹⁴ Manuel Amblard, *Muerte después de Reyes. Relatos de cautividad en España*, Madrid, Forma Ediciones, 1977.

escritos por (o transcritos de los testimonios de) mujeres que no pudieron huir de España después de la guerra, y el de las exiliadas en Francia que fueron devueltas a España. Muchos de sus textos se escribieron o se publicaron después de la muerte de Franco en 1975, lo que presenta problemas diacrónicos y sincrónicos.¹⁵

Vemos así cómo la Guerra Civil y la represión franquista constituyen dos filones donde rastrear las escrituras de la gente común.¹⁶ Y junto a éstos, la emigración, según ponen de relieve las cartas de los emigrantes a Cuba publicadas por María Dolores Pérez Murillo; la guerra de Filipinas, de la que son prueba las memorias del sargento extremeño Deogracias García y el diario del soldado Víctor Muñoz;¹⁷ o la Marruecos.¹⁸

La escritura siempre al lado de la vida como instrumento de supervivencia al que han recurrido obreros, sindicalistas, mili-

¹⁵ *Recuerdos de la resistencia. La voz de las mujeres de la Guerra Civil española*, Barcelona, Ediciones Península, 1997 (ed. orig. 1995), p. 67.

¹⁶ Sin ánimo de colmar la paciencia del lector con un elenco de las memorias relacionadas con estos episodios sí quiero hacerme eco de cierta obra en la que se combina el testimonio oral y el escrito: Antonio Caeiro, Juan A. González y Clara M^a. de Saá, *Aillados. A memoria dos presos de 1936 na illa de San Simón*, Vigo, Ir Indo Edicións, 1995; y de una en la que se rescata la historia y la correspondencia de otro olvidado, el labrador Manuel Martínez Iborra: Benjamín Lajo Cosido, *Sólo habremos muerto, si vosotros nos olvidáis. De la libertad al muro sólo hubo un atardecer (1936-1939)*, Benicull de Xúquer (Valencia), 7 i mig editorial, 1998. Asimismo se remiten a aquellos días y noches un buen número de los textos conservados en el Arxiu de la Memòria Popular de La Roca del Vallès, como los que siguen: Josep Caballé Teixidó, *Memorias de la Guerra Civil española desde mitad de febrero de 1938 hasta el día en que me hicieron prisionero de guerra el 2 de abril del mismo año*; Josep Anton Rovira Sabaté, *Memòries de... Dels anys 20 fins el 1939*; Montserrat Sancho de Maduell, *Els teus 2 anys i mig de la "nostra" guerra*, Barcelona, 1976; Josep Maria Duràn Pla, *Un nen del 36*; Pepita Pont, *De l'Àfrica al Pirineu*; Josep Caballé Teixido, *Memories de la Guerra Civil espanyola*; Maria Bell.lloch i Bell.lloch, *Records de la meua infància!* M^a Àngeles Martínez Martínez, *Historia de una vida*, Barcelona, Viena, 2000; Francesc Moré i Fluvià, *Pàgines viscudes. Memòries de la guerra*; Josep Vendrell Marieges, *Memòries i vivències de la Guerra Civil espanyola*.

¹⁷ *La pérdida de Filipinas narrada por un soldado extremeño (1896-1899). Memorias del sargento Deogracias González Hurtado*, introducción histórica y análisis

tantes y dirigentes políticos, campesinos, arrieros, mujeres de condición humilde, marineros, soldados,...; es decir, muchas personas de clase subalterna cuyas prácticas escritas aún están pendientes de analizar y de desvelar en casi todos sus rasgos.

Haciendo camino

En esa perspectiva, ¿qué puede aportar este libro? Primeramente debo señalar que un 70% de su contenido corresponde a ciertos materiales (una ponencia y varias comunicaciones) presentados en el congreso internacional “Escritura y clases populares”, celebrado en la Universidad de Alcalá en otoño de 1999,¹⁹ en concreto las investigaciones más puntuales referidas a España; mientras que los textos que firman Eduardo Ruiz Bautista, Juan Luis Calbarro y José Ignacio Monteagudo Robledo han sido recabados para este volumen con el objetivo de completar determinadas lagunas, aunque es evidente que todavía son muchos los aspectos y periodos que merecerían mayor atención. Unos y otros rastrean las huellas de la escritura común en España desde la Alta Edad Media hasta nuestros días, al tiempo que se detienen en los problemas propios de este territorio de la memoria escrita.

crítico de Julián Chaves Palacios, Badajoz, Junta de Extremadura, Editora Regional de Extremadura, 1998; y Juan L. Francos, *Muerte al Castilla. La guerra de Filipinas contada por sus protagonistas, 1898*, Madrid, Editorial Parteluz, 1998, a propósito de las memorias de Víctor Muñoz, labrador natural del pueblo de Horche (Guadalajara).

¹⁸ Antonio Molina Cano, *La guerra de Melilla. Años 1910-12*. Arxiu de la Memòria Popular, La Roca del Vallès (Barcelona). De otro momento de la guerra de Marruecos, el que corresponde a la conquista de Dar Drius a finales de 1921 y comienzos del 1922, trata también el diario del soldado Manuel Hernández Abellán dado a conocer por su nieto. Vicente Hernández, “Cine y propaganda”, *Historia* 16, 296, diciembre 2000, pp. 70-79.

¹⁹ Sobre éste, véase Antonio Castillo Gómez, “Escritura y clases populares. Apuntes al hilo de un congreso”, *Historiar*, 5, 2000, pp. 180-187.

La perspectiva adoptada no se ciñe solamente al ámbito de los testimonios autógrafos, lo que los italianos han llamado “escrituras populares”; sino que, de una manera más amplia, tiene también en cuenta otros aspectos de las relaciones entre las clases subalternas y la actividad escrita, incluso en épocas de amplio analfabetismo. En definitiva, se siguen los trazos dejados por la conquista social de la capacidad de escribir y el compendio de sus prácticas, se recorren determinadas situaciones de escritura en las que se vieron implicados “los de abajo” y, por supuesto, se entra de plano en la propiedad o no de ciertas categorías de análisis.

En relación con ello, Luis Casado de Otaola expresa la dificultad de hablar de clases populares/clases subalternas cuando se analiza la realidad altomedieval, regida por otros criterios de organización social. Considera que “la distinción sin más entre clases poderosas y clases subordinadas es menos operativa que la establecida entre clérigos y laicos”, pues en un entorno no-letrado, como era aquél, la cuestión principal no está tanto en la inoportuna diferenciación entre una cultura aristocrática y otra popular como en la distinta influencia de la cultura escrita sobre unas personas y otras. Ello le conduce a una reflexión más detenida sobre el poder de la escritura y las consecuencias de su imposición sobre las “clases inferiores”, donde asoma la función de lo escrito como un instrumento político y judicial del proceso de señorialización de las comunidades campesinas, especialmente a partir del siglo IX. El monopolio de la escritura se suma así al de la producción ideológica detentado expresamente por la Iglesia.

Sin entrar en el debate conceptual, Isabel García Díaz se acoge a la incierta delimitación de la categoría clases populares/clases subalternas para discurrir básicamente sobre algunas tipologías documentales -recibos, peticiones y cartas particulares- que recogen las huellas de la mayor implicación social de la lógica gráfica, claramente visible en el siglo que transcurre entre mediados del XV e idénticas fechas del XVI. Si otros trabajos han tratado de ver ese proceso en el desarrollo de las formas tex-

tuales de la memoria personal, éste lo analiza fijándose en determinados escritos de relación redactados y firmados a título personal o a través de un intermediario. No obstante, la socorrida imprecisión de lo que entendemos por clases subalternas le lleva a meter en el mismo saco, entre otros, a un maestro de gramática, a un lector de teología y a un herrero.

El tránsito de la Edad Media a la Moderna inaugura un tiempo de mayor alfabetización y, sobre todo, de mayor amplitud de la mentalidad alfabética. La escritura se fue asentando como una garantía de prestigio y ascenso social, de ahí sus numerosas huellas en la literatura del Siglo de Oro así como las continuas menciones que en ella se hacen de analfabetos que escriben y leen por medio de otros o de personas de condición humilde que acceden al mundo de lo escrito. Justamente estos son los argumentos que desbroza Alicia Marchant Rivera sirviéndose para ello de las *Novelas ejemplares* de Cervantes. Entra así en el terreno de las representaciones de lo escrito para constatar que dichas obras “encierran un conglomerado de personajes pertenecientes al estamento popular (hijos de labriegos, gitanos, rufianes...) que logran finalmente acceder al mundo cultural de los siglos XVI y XVII”.²⁰ Su óptica aporta un elemento más a los estudios, mencionados en páginas precedentes, sobre la difusión de la escritura en el ámbito privado durante la Edad Moderna, confirmando la significación alcanzada por la misma y su indiscutible arraigo social.

²⁰ Otras recientes lecturas de la obra de Cervantes desde los parámetros de la historia de la cultura escrita son sendos ensayos de Leonor Sierra Macarrón, “Escribir y leer para otros: figuras del analfabetismo en el texto cervantino”, y de un servidor, “La escritura representada. Imágenes de lo escrito en la obra de Cervantes”, expuestos ambos en el *IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, celebrado en Lepanto del 1 al 8 de octubre de 2000, cuyas actas se encuentran actualmente en prensa.

Entonces la conquista de la escritura aún debía mucho a la obligación de garantizar la autenticidad de determinados actos jurídicos por medio de la suscripción autógrafa, sin que por ello haya que desmerecer la vía abierta por los usos privados (cartas, diarios, libros de memoria, etcétera). Sin embargo, el verdadero despegue de éstos se producirá a lo largo del siglo XIX y, de modo más visible, en el XX.

Un testimonio temprano lo tenemos en el *Libro de memorias y varias apuntaciones según han sucediendo* de Pedro Santos Fernández, un tejedor tudense que toma la pluma en 1777 para anotar que “se hizo el organo de las Monjas” y la mantiene en uso hasta el 16 de mayo de 1826 para consignar que ese día “entro en esta Ciudad nro. nuevo obispo D. Fray Franc^o Garcia Casarrubios,...”, configurando así un manuscrito de 27 folios *in quarto* en el que los apuntes concernientes al devenir personal y familiar se funden con otros relativos a la vida en Tuy. Pero el libro no concluye con la última “apuntación” de Pedro Santos, sino que tuvo continuidad en la persona de su nieto: “Dn. Luis Blas Senra hijo primogenito de Manuel Senra y Juana Fernández, después de la muerte de mi abuelo Pedro Santos, sigo yo este libro”. De su mano son dos folios donde básicamente refiere nacimientos, matrimonios y muertes acaecidos en su familia.²¹

Anotaciones de la misma índole las podemos leer en distintos libros de cuentas del siglo XIX localizados en Talamanca del Jarama (Madrid) y El Cubillo de Uceda (Guadalajara). En un caso, el de Benito Sanz, natural y vecino de El Cubillo, su escritura, efectuada básicamente entre 1823 y 1839, aunque se incluya algún apunte de fecha posterior,²² concierne siempre a la misma persona; mientras que otros ejemplares acreditan la continuidad del libro en distintas generaciones de la familia. Así

²¹ “Memorias de un menestral curioso”, ed. de José M^a Álvarez Blázquez, *Museo de Pontevedra*, XIII, 1958, pp. 61-102.

²² Concretamente en el fol. [110r]: “en 20 r^e. [reales] según dijo en 22 de febrero de 1841”.

ocurre, por un lado, con el libro de cuentas de los Díaz, de Talamanca del Jarama (fig. 3), cuyos registros, que transcurren aproximadamente entre 1826 y 1897, son primordialmente de naturaleza económica, si bien tampoco faltan otros relativos a ciertos sucesos familiares: “Falleció mi querido hermano Juan / Sanz el dia 21 de Nobiembre de 1897 / su hermana Dorotea Sanz” (fol. 112r), “Dia 11 de Marzo Fallecio mi / querida Esposa año de / mil hochocientos ochenta / ta y Siete. Nicomedes Sanz” (fol. 123r); y por otro, con el de la familia Rivas, de El Cubillo, que principia en 1837 por mano de Enrique de Rivas y termina en 1896 por la de Cipriano de Rivas, aunque es probable que la fecha inicial pudiera ser más antigua ya que al manuscrito le faltan los primeros treinta folios.²³

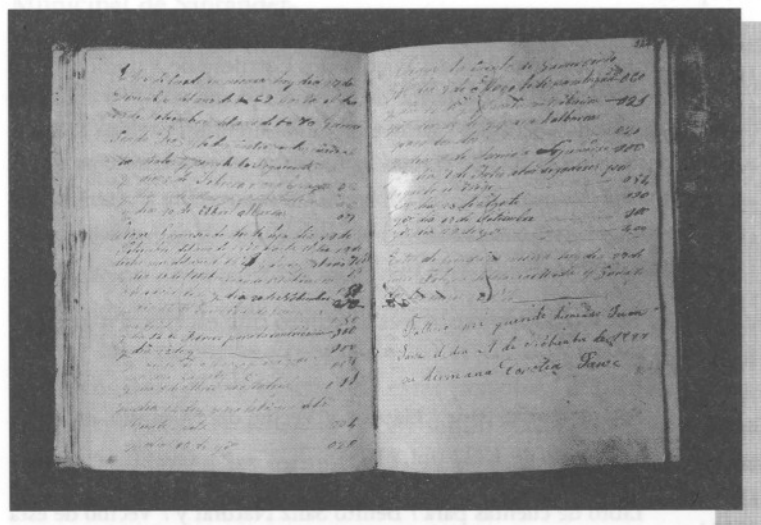


Fig. 3. Libro de cuentas de la familia Díaz (1826-1897), de Talamanca del Jarama (Madrid), fol. 112r.

²³ Los “libros de cuentas” de Benito Sanz y la familia Díaz los he podido examinar personalmente gracias a Jaime Pereda Martín, quien me ha facilitado una fotocopia del primero y el ejemplar original del segundo, hoy de su propiedad. Sin embargo no he podido hacer lo mismo con el de la familia Rivas, de modo que anoto aquí los datos que me pasó Jaime Pereda.

Aunque se trata de *libros* aún sin estudiar, pendientes, por lo tanto, de ulteriores precisiones, una primera valoración de ellos permite recalcar algunos aspectos referentes a las prácticas cotidianas de la escritura: a) las similitudes en la forma material pues habitualmente se trata de ejemplares *in quarto* escritos en hojas de papel y protegidos por una cubierta de pergamino, signo claro de que se quería preservar el manuscrito;²⁴ y b) el hibridismo característico de su contenido, cuya base la establecen los registros contables interrumpidos ocasionalmente para dar paso a las comentadas anotaciones de índole personal. Sobre este extremo, el libro de cuentas de Benito Sanz resulta particularmente ilustrativo tanto por la mayor presencia de informaciones de esa naturaleza, entre ellas la relativa al accidente que tuvo con la escopeta:

En 22 de Mayo, 1.º de Pascua año / de 1825 = fuy a Espera de Liebre / con otros 5 = del Pueblo a los Carriles / de Valomíño (y no vimos nada) y / al quitarme de la Espera (como esta / en el orden) bage mi Escopeta alse / guro, en seguida sin ninguna dila / cion me mude la Escopeta a la mano / izquierda, y en este mismo momen / to seme escapo el Tiro, sin adbertir / causa para ello, p^f. [*por*] lo cual pienso vi / vir con cuidado, pues llebé unsusto de / mucha consideracion = / Benito Sanz (fol. 50r);

como por las alusiones explícitas al sujeto que escribe y a la tipología del escrito:

Soy de Benito Sanz / Natural y Vecino del / Cubillo, oy 26 de Setiem^e / año de 1827 (fol. [103]);

Libro de cuentas para / Benito Sanz Natural y / Vecino de esta villa del Cubillo / Año de 1831 (fol [108]).

²⁴ En relación con la importancia que tienen los aspectos materiales en la valoración de estas prácticas de escritura son muy oportunas las consideraciones de Jean Hébrard, "Por uma bibliografia material das escrituras ordinárias: a escritura pessoal e seus soportes", en Ana Chrystina Venancio Mignot, Maria Helena Camara Bastos y Maria Teresa Santos Cunha (eds.), *Refúgios do eu: educação, história, escrita autobiográfica*, Florianópolis, Editora Mulheres, 2000, pp. 29-61.

Dichos manuscritos señalan algunos matices de una conquista de la escritura que va más allá de la capacidad de suscribir determinados documentos, al mismo tiempo que indican los hitos de un camino que bien podríamos definir, parafraseando a Rosa M^a. Blasco Martínez y Carmen Rubalcaba Pérez, como el intento de las clases populares de “dejar de ser sólo el *sueño de una sombra*”. Estas autoras se centran, sin embargo, en los factores que limitaron las posibilidades de acceso y uso de la cultura escrita a las clases subalternas, cuya aproximación a la escritura analizan desde tres ángulos: la escritura temida -la burocracia y los escritos de relación con el poder-, la deseada -la correspondencia- y la recibida -impresos de larga circulación, sobre los que reflexionan a partir de la colección depositada en la Biblioteca Municipal de Santander-.

La extensión del alfabetismo entre los cargos agrícolas y obreros del pueblo de Riba-roja d'Ebre es el tema que desarrolla Daniel Piñol Alabart con el fin de comprobar la incidencia de la escritura en la vida política y asociativa de dicho lugar. Nos hallamos así ante una vertiente de la escritura oficial y corporativa, no personal, en la que también se puede comprobar la implicación de la gente común en la medida que se trata de una comunidad rural y de asociaciones de las clases subalternas. Al revisar las evidencias gráficas de los testimonios manejados, el autor constata cómo muchas de estas personas, escribientes ocasionales, cuando escriben lo hacen según están habituados, con cierta “rigidez en las formas gráficas y en la línea de escritura, con poca soltura y mucha inseguridad”; en tanto que los más acostumbrados, como el secretario del Ayuntamiento y un funcionario del Gobierno Civil, acreditan una mayor competencia.

El interés puesto en la instrucción por las sociedades recreativas y obreras de Riba-roja d'Ebre en los años veinte y treinta del siglo XX se inscribe en lo que fue una inquietud general de los partidos y asociaciones de obreros y de los gobiernos de la Segunda República. Ya por entonces los niveles de analfabetismo

empezaban a dejar de ser tan vergonzosos, de modo que, si a principios de la centuria, la población española analfabeta representaba todavía el 56,2%, en 1930 la tasa se había reducido al 32,4% y en 1940 al 23,1%.²⁵

Aumenta la alfabetización y con ello lo hacen también las condiciones de posibilidad de la escritura de las clases subalternas, máxime si tenemos en cuenta la amplia necesidad de escribir generada por la Guerra Civil, la represión franquista, el exilio y, finalmente, la emigración de los años sesenta. Tenemos aquí los episodios más señalados de movilización colectiva en la reciente historia de España y, por lo tanto, los principales filones donde buscar los pasos escritos de la gente común. En este libro lo apuntan las contribuciones de Eduardo Ruiz Bautista y Juan Luis Calbarro centradas en sendos grupos de cartas: respectivamente, las del militar Gerardo Ayuso a su familia y la correspondencia del teniente Agustín Morales con la familia del soldado José Montalvo.

Las primeras sirven a Eduardo Ruiz para enunciar una lectura de las escrituras cotidianas en oposición a los mecanismos de socialización del Franquismo. A partir de ahí reclama para ellas un puesto en el taller del historiador y rectifica a los que les niegan valor, argumentando que dichos testimonios atestiguan el poder de la emoción. Entrando en el contenido de las seis cartas de Gerardo Ayuso, teniente de regimiento y luego capitán del ejército republicano, tres de ellas fechadas horas antes de ser ejecutado, considera las mismas como una manera de transgredir la muerte y preservar la memoria, como deja ver en la última carta que dirige a Maruja, su esposa: "Quiero que conserves las notas

²⁵ Para estos datos, véase Antonio Viñao Frago, "Historia de un largo proceso", *Cuadernos de Pedagogía*, 79, 1990, pp. 45-50. Abunda en ellos Julio Ruiz Berrio, "Alfabetización y modernización social en la España del primer tercio del siglo XX", en Agustín Escolano (dir.), *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1992, pp. 91-110.

que le mandé a Antonio para que cuando tengan uso de razón para comprender estas cosas vean que su padre fue inocente y que fue la fatalidad lo que me llevó al sepulcro”; al tiempo que su contenido revela las estrategias del condenado para ocultar su destino y tranquilizar a la familia. Por otra parte, Eduardo Ruiz otorga también su importancia al soporte y la forma material, de igual modo que observa la relación entre la modalidad postal y las circunstancias que rodearon la escritura de dichas cartas.

La emoción de los sentimientos retorna de nuevo en algunas de las cartas que sustentan el estudio de Juan Luis Calbarro: la correspondencia cruzada entre un teniente franquista y la familia del soldado José Montalvo, escritas en el verano de 1937, excepto una que data de enero de 1943, y motivadas por la petición de ayuda que hacen el padre y el hermano del soldado muerto. Después de situarlas en su contexto, Calbarro revisa su contenido y, en particular, los grados de competencia gráfica y textual. En concreto, es interesante recalcar la vinculación que aprecia entre la forma epistolar, la motivación y el destinatario: más libre cuando se trata de cartas de contenido personal y más formularia cuando se acude al teniente Morales para obtener su apoyo a la hora de solicitar del Estado las ayudas establecidas para los soldados franquistas muertos en combate. Así en la última carta de Heriberto Montalvo, hermano del difunto, al teniente Morales, de 20 de enero de 1943, se aprecia que “ha esmerado su redacción” y que “utiliza siempre las fórmulas más adecuadas y escuetas”, acaso porque hace uso, una vez más, de lo Calbarro llama la “epistolografía vicaria” (o delegación de escritura) o, tal vez, porque se sirve “de uno de esos repertorios de cartas que tanto auxilio prestaron en la época a conscriptos y enamorados”.

Un problema común que recorre prácticamente todas las colaboraciones es el que concierne a las dificultades y deficiencias de conservación de los testimonios escritos de las clases populares. Hoy ya no es posible justificarlo todo por el tradicio-

nal analfabetismo de la gente común, aunque éste sea un factor de peso, como tampoco por la incuestionable desidia personal a la hora de guardar los escritos cotidianos; sino que, igualmente, debe destacarse el daño causado por cuantos “gestores de la memoria” han dado la espalda a esta vertiente de la misma; por los historiadores y estudiosos que han despreciado la importancia de dichos documentos y no han querido integrarlos entre sus materiales de trabajo; y, en última instancia, por la sociedad y las instituciones que la representan en cuanto que han aceptado y transmitido esos silencios.

Afortunadamente hoy son varios los colectivos y asociaciones que están trabajando para curar esas heridas, especialmente cuando las mismas se remiten a problemas y momentos tan singulares como la guerra y el exilio (Archivo Guerra y Exilio) o la emigración (Centro de Documentación de la Emigración Española en Europa, Fundación Primero de Mayo), sin olvidar los fragmentos de esa memoria que se guardan entre los fondos documentales de partidos políticos y sindicatos obreros. Más específico, sin embargo, es el propósito que anima la reciente constitución de varios archivos orientados a la localización y salvaguardia de los testimonios escritos de “los de abajo”, de los que se da noticia en las dos últimas contribuciones de este volumen.

El primero por orden de antigüedad, con ser todavía una institución joven, es el Arxiu de la Memòria Popular de La Roca del Vallès (Barcelona), cuyo origen, andadura y objetivos desvela Francisco García Lorenzana, quien, después de reflexionar sobre las lagunas de la memoria escrita, señala muy acertadamente que “los archivos de la memoria popular son instituciones que sólo muy recientemente se han incorporado al panorama de lo estudios sobre las mayorías silenciosas de la historia”. En concreto, la institución roquerola nació en 1997, inspirándose en el Archivio Diaristico Nazionale de Pieve Santo Stefano (Italia), con el objetivo de “reunir, conservar y catalogar todo tipo de memorias, testimonios, correspondencia, autobiografías y cualquier documen-

to memorialístico escrito, en audio, en vídeo o en cualquier otro soporte, que dé noticia de experiencias personales o colectivas vividas directamente por el autor o autores del texto". Sigue para ello el mismo procedimiento que el acervo italiano, es decir, la convocatoria anual de un Premio de Memorialismo Popular, siendo éste el origen de gran parte de los testimonios depositados, así como un factor que afecta a la naturaleza de los mismos. No obstante, el premio ha servido también para dar a conocer la existencia de dicho centro, lo que ha hecho posible la afluencia de otros escritos, entre ellos algunas piezas de cierta antigüedad: como un cuaderno de apuntes varios (recetas de cocina, memoriales, cartas, canciones, datos de bautismos, etc) de Pablo Amat i Mir, un campesino nacido en San Agnès de Malanyanes, escrito a mediados del siglo XIX; la "llibreta de los resibos de losensos" de la Casa Amat, con anotaciones concernientes a los siglos XVIII y XIX; y los *Apuntaments i recorts* de Joaquim Vilardebó sobre la "massia" familiar en Tagamanent, concluidos en "Barcelona als 31 (*sic*) de febrer del any 1889", que se completa con una *Collecció de poesies* en el mismo cuaderno.

Por su parte, el Archivo de la Escritura Popular de la Asociación Etnográfica Bajo Duero de Zamora surge, según expone su responsable, José Ignacio Monteagudo Robledo, tras constatar el olvido de las fuentes escritas en los estudios etnográficos, siendo su campo de actuación es el que ciñe a la recuperación de las escrituras de la gente común en Zamora y la zona limítrofe con Portugal. No obstante, las reflexiones del autor no se quedan en la sola referencia a los planes del archivo, sino que principalmente recorren algunos de los hitos de la escritura como fenómeno antropológico, lo que le lleva a prestar especial atención a las investigaciones realizadas en Francia por Daniel Fabre y los etnólogos del Centro de Antropología de las Sociedades Rurales de Toulouse. Desde esa perspectiva, añade que "el uso de testimonios escritos directos, a pesar de tantos desencuentros, puede muy bien avenirse con los patrones de investigación habituales en los estudios folklóricos"; de ahí que,

junto a las escrituras más estrictamente autobiográficas, también sea necesario atender a otras prácticas más ordinarias de carácter comunitario, pues, como él sostiene, “unos y otros documentos, los personales y los colectivos, hacen referencia sin duda a una misma realidad compartida, y en ambos se han de buscar los datos relevantes que permitan describir los rasgos más importantes en la vida de la comunidad”. Por todo ello reclama para dichas escrituras la consideración de patrimonio etnográfico al igual que ha sucedido en Francia.²⁶

Vistos en su totalidad, los estudios que dan cuerpo a este libro responden a algunas cuestiones y dejan abiertas otras. Sin duda, hará falta proseguir en la brecha y entrar con más detalle en el análisis de las características que presentan las escrituras cotidianas, los elementos materiales, las distintas textualidades y los gestos que rigen dicho territorio de la escritura, lo mismo que urge establecer una cronología del fenómeno que repase el nexo entre la escritura popular y el desarrollo de la alfabetización, y, a su vez, la ponga en relación con la necesidad de escribir desencadenada por ciertos acontecimientos. Las dificultades son obvias, sobre todo para determinados periodos de la historia; pero también lo es que los testimonios abundan. Sólo es preciso que tomemos conciencia de su importancia y que nos aprestemos a sacarlos del olvido donde tantos se encuentran.

²⁶ Escritas estas páginas he sabido también de la creación de un Archivo de la Memoria Popular en la División de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad de Barcelona a partir de un concurso de autobiografías, “Explic’ans la teva vida”, convocado en julio de 1999 conjuntamente con TV3. Por otra parte, en relación con estas iniciativas españolas y otras europeas me remito al dossier que José Ignacio Monteagudo y yo mismo hemos coordinado para *Archivamos. Revista trimestral de la asociación de Archiveros de Castilla y León*, 38, 2000, pp. 5-25.